LOS CUATRO TEMPERAMENTOS

Conrado Hock

AleXandriæ.org

Biblioteca de formación para católicos

Los Temperamentos en general

I

EL Dr. Jorge Hagemann escribe en su Psicología: "Las modificaciones (o las diferencias) de los estados generales del alma se refieren menos al conocimiento que al sentimiento, o sea menos al espíritu que al corazón. No tanto en el modo de conocer cuanto en la manera de sentir y apetecer se manifiesta la índole particular de cada alma. En esto, sobre todo, se manifiesta cómo el corazón, centro de los sentimientos y afectos, es en unos y otros más fácil o lenta, más profunda o superficialmente excitable. Esta diversa excitabilidad del corazón o el diverso temple, con que un alma se inclina a un determinado sentir o apetecer, se llama temperamento. Si consideramos los rasgos fundamentales de los temperamentos individuales y los agrupamos según su semejanza, se pueden dividir en cuatro grupos, a los cuales ya la antigüedad dio nombres estables, uniendo arbitrarias teorías con acertadas observaciones: temperamento sanguíneo, colérico, melancólico, flemático. Estos temperamentos se distinguen entre sí cuanto que la excitabilidad del sanguíneo fácil y superficial, la del colérico fácil y honda, la del melancólico lenta y profunda, y por fin, la del flemático es lenta y superficial. Ya que el corazón (el sentimiento y afecto) están íntimamente relacionados con el espíritu y la fantasía, la diversa excitabilidad del mismo tiene, en consecuencia, una diversa actitud en el mismo entendimiento y fantasía:

El temperamento es, pues, una disposición fundamental del alma, que se manifiesta particularmente, cuando ésta recibe una presión, ya sea por ideas y representaciones bien por acontecimientos exteriores. El temperamento nos da la contestación a esta pregunta: ¿Cómo se conduce el hombre, qué sentimientos lo embargan, qué móvil le impulsa obrar, cuando algo le impresiona? Así por ejemplo: ¿cómo se porta el alma, cuando alabada o reprendida, cuándo se la ofende cuando advierte en sí cierta simpatía o tal vez antipatía hacia tal persona, o cuando, en ocasión de una tormenta o de

hallarse de noche en un camino solitario, le sobreviene el pensamiento de un inminente peligro?

Aquí cabe hacer las siguientes preguntas:

1. Ante tales impresiones ¿se excita el alma con rapidez y fuerza, o por el contrario con lentitud y debilidad?

2. Bajo tales impresiones ¿se siente el alma impulsada a obrar de inmediato y a reaccionar con rapidez, o bien siente la inclinación de esperar y estarse tranquila? ¿Muévenla tales casos a obrar con ardor, o a postrarse más bien en un estado de pasividad?

3. ¿Esta excitación del alma dura por largo o corto tiempo? ¿Quedan grabadas en el alma por mucho tiempo tales impresiones, de manera que con su solo recuerdo se renueve la excitación, o sabe el alma sobreponerse de inmediato y con facilidad, de modo que el recuerdo de una excitación no llega a provocar otra nueva?

La contestación a estas preguntas nos lleva como por la mano a los cuatro temperamentos y nos da al mismo tiempo la clave del conocimiento de cada temperamento particular e individual.

II

El colérico se excita fácil y fuertemente; se siente impulsado a reaccionar de inmediato; la impresión queda por mucho tiempo en el alma y fácilmente conduce a nuevas excitaciones.

El sanguíneo, así como el colérico, se excita fácil y fuertemente, sintiéndose asimismo impulsado a una rápida reacción; pero la impresión se borra luego y no queda mucho tiempo en el alma.

El melancólico se excita bien poco ante las impresiones del alma; la reacción, o no se produce en él o llega después de pasado cierto tiempo. Las impresiones, sin embargo, se graban muy profundamente en el alma, sobre todo si se repiten siempre las mismas.

El flemático no se deja afectar tan fácilmente por las impresiones, ni se siente mayormente inclinado a reaccionar; y las impresiones, por su parte, muy luego se desvanecen.

El temperamento colérico y sanguíneo son activos; el melancólico y el flemático son más bien pasivos. En el colérico y el sanguíneo hay una fuerte inclinación hacia la acción, y en el melancólico y el flemático por el contrario hacia la tranquilidad.

Los temperamentos coléricos y melancólicos son apasionados; conmueven y repercuten muy hondamente en el alma; al paso que los sanguíneos y los flemáticos no tienen grandes pasiones, ni inducen a fuertes arranques del alma.

Si queremos conocer nuestro propio temperamento, no debemos comenzar averiguando si tenemos o no en nosotros los lados fuertes y débiles, anotados más arriba a cada temperamento, sino que debemos contestar ante todo a las tres preguntas poco ha enumeradas. Lo más fácil será considerar esas preguntas, en cuanto se refieren a las ofensas que recibimos y lo mejor de todo será atenernos al orden siguiente:

¿Suelo aceptar las ofensas con dificultad y a regañadientes?

¿Acostumbro guardarlas en mi interior?

Caso de tener que contestarnos: De ordinario no puedo olvidar ofensas; las guardo en mis adentros; su recuerdo me renueva la excitación; por mucho tiempo guardo mal humor; por varios días y aun por semanas

enteras trato de evitar la palabra y el encuentro de la persona que me ofendió, es éste nuestro caso, estemos entonces ciertos de ser coléricos o melancólicos. Podemos en cambio decirnos: No suelo guardar rencor, ni mostrarme enojado con otros por mucho tiempo; no puedo menos de quererlos, a pesar de la ofensa; y aunque quisiera mostrar mal humor y mala cara, no puedo hacerlo más que por una o dos horas, en este caso somos sanguíneos o flemáticos. Convencidos de ser coléricos o melancólicos, sigámonos preguntando:

¿Aféctanme con fuerza y rapidez las ofensas?

¿Lo dejo entrever en mis palabras y maneras?

¿Siento un fuerte impulso al inmediato desafío y réplica ofensiva?

¿O soy capaz de mantener me exteriormente tranquilo, mientras hierve el interior?

¿Me abochornan, perturban y desalientan de tal modo las ofensas, que no hallo una palabra conveniente o el ánimo necesario para contestar, resignándome por ello al silencio?

¿No me acontece a menudo el no sentirme ofendido en el momento mismo de la ofensa para caer unas horas después o al día siguiente, en un extremo estado de postración?

Si nuestra contestación a la primera serie de preguntas es afirmativa, somos coléricos, y si a la segunda, somos melancólicos.

¿Hemos llegado a la convicción de ser sanguíneos o flemáticos? , entablemos con nosotros mismos el siguiente interrogatorio:

Al recibir una ofensa, ¿me enciendo y encolerizo al instante queriendo

obrar con precipitación?

¿O consigo mantener la tranquilidad?

¿Muéstrome indiferente a las ofensas?

¿Persisto en mi estado de tranquilidad?

En el primer caso somos sanguíneos, en el segundo flemático.

Sólo si con este ejemplo hemos llegado a conocer nuestro temperamento, podemos averiguar si poseemos las notas características particulares, tales como más adelante se las ha de señalar a cada temperamento. Podemos entonces profundizar el conocimiento de nosotros mismos, y en especial podemos llegar a conocer el grado de desarrollo, a que han llegado os lados fuertes y débiles de nuestro temperamento, descubriendo al mismo tiempo las modificaciones que nuestro temperamento predominante haya podido sufrir por mezclarse con otro.

III

De ordinario parece cosa difícil el conocer e temperamento propio y el ajeno. Con todo, la experiencia demuestra que aun personas sin mayor formación superior llegan de una manera relativamente fácil al conocimiento de su propio temperamento, el de los que le rodean y el de sus subalternos, con tal que se les dé una instrucción adecuada para ello. Pero la investigación de los temperamentos ofrece especiales dificultades en los casos siguientes:

1. Cuando el hombre comete aún muchos pecados. Entonces la pasión pecaminosa resalta más que el temperamento. Así, p. e., puede un sanguíneo por su condescendencia con la ira y la envidia molestar mucho al prójimo y causarle grandes pesares, aunque por su temperamento se incline

a llevarse bien con todos.

2. Cuando el hombre ya ha progresado mucho en la perfección. Los lados débiles del temperamento, como se manifiestan ordinariamente en cada hombre, son entonces apenas perceptibles. San Ignacio de Loyola, un colérico apasionado, logró tal dominio sobre sus pasiones que en lo exterior aparecía tan exento de pasiones que los que le rodeaban le tenían por flemático. En el sanguíneo San Francisco de Sales se habían extinguido por completo los arrebatos y explosiones de ira; lo cual no lo obtuvo ciertamente, sino después de 22 años de continuo combate consigo mismo. Los Santos melancólicos nunca dejan exteriorizar la tristeza, el mal humor y el desaliento, a que tiende su temperamento, sino que con una mirada al Crucificado saben dominar, después de breve lucha, esa peligrosa disposición de ánimo.

3. Cuando el hombre posee, poco conocimiento de sí mismo. El que no conoce tanto sus buenas como sus malas cualidades, el que no es capaz de formar un juicio sobre la intensidad de sus pasiones y el modo de su excitabilidad, tampoco podrá darse cuenta de su temperamento, y preguntado por otros que quisieran ayudarle con el conocimiento ‘de su temperamento, da respuestas falsas, no de intento, sino precisamente por no conocerse a sí mismo. Por eso los principiantes en la vida espiritual no llegan generalmente hablando a conocer su temperamento, sino después de haberse ejercitado durante algún tiempo en la meditación y en el examen particular.

4. Cuando el hombre es muy nervioso. Pues, las manifestaciones de nerviosidad, como lo variable en la conducta, la irritación, la inconstancia de sentimientos y resoluciones, la inclinación a la tristeza y al desaliento, aparecen en hombres nerviosos en tal grado que las exteriorizaciones del temperamento quedan relegadas a segundo término. Particularmente es difícil conocer el temperamento de personas histéricas, en las cuales el así llamado “carácter histérico” está ya del todo desarrollado.

5. Cuando el hombre tiene un temperamento mixto. Llamamos temperamentos mixtos a aquellos en los cuales predomina un temperamento determinado mezclado al mismo tiempo con propiedades de otro. Sobre temperamentos puros y mixtos ya se ha escrito mucho. Una solución satisfactoria de los múltiples problemas que surgen en esta materia se halla, tomando en cuenta el temperamento de los padres del interesado. Si el padre y la madre poseen un mismo temperamento de igual temperamento serán también los hijos. ¿Son, pues, ambos, padre y madre de índole colérica?, los hijos asimismo lo serán. Mas en el caso de temperamentos distintos, los hijos tendrán un temperamento mixto. Así por ejemplo, si el padre es colérico y la madre melancólica, los hijos serán o coléricos con tintes melancólicos o melancólicos con tintes coléricos, según que los hijos se parezcan más o menos al padre o a la madre.

Para averiguar en un temperamento mixto cuál es el temperamento predominante, hay que atenerse exactamente a las preguntas formuladas más arriba para llegar a conocer un: temperamento. Sucede sin embargo, aunque no tan a menudo, como muchos lo creen, que en una persona se hallan tan entrelazados dos temperamentos, que ambos se manifiestan siempre con la misma intensidad y fuerza. Por eso es naturalmente muy difícil tomar una decisión respecto al temperamento que ha de atribuirse a tal o cual persona. Mas, es probable que con el correr de los años, a causa de pruebas y dificultades se ponga de manifiesto el temperamento predominante.

Préstanos eficaz ayuda en el conocimiento del temperamento mixto y más aún del temperamento puro, la expresión de los ojos y en parte también el modo de andar: La mirada del colérico es resuelta, firme, enérgica, ardiente; la del sanguíneo: serena, alegre, despreocupada; mas la mirada del melancólico es ligeramente triste y preocupada, al paso que la del flemático es lánguida e inexpresiva.

Al colérico lo vemos andar con firmeza y decisión y avanzar de prisa, el sanguíneo es ágil y ligero de pie, de paso corto ya veces danzante; el paso

del melancólico es lento y torpe; el flemático camina perezosamente y a sus anchas. Muy fácilmente se reconoce la mirada del colérico (cuyo tipo es la conocida mirada de Napoleón, Bismarck) y la del melancólico (la conocida mirada de Alban Stolz). No pudiendo encontrar en los ojos ni la decisión y energía del colérico, ni la suave tristeza del melancólico, creemos hallarnos ante un sanguíneo o flemático. También los ojos nos descubren el temperamento que predomina en el temperamento mixto. Después de haber adquirido cierta experiencia en la distinción de las miradas, muchas veces se puede ya al primer encuentro con una persona y aún basta haberla visto de paso en la calle para determinar su temperamento. Detalles del cuerpo, que se apuntan además como notas características de los cuatro temperamentos (como la formación del cráneo, el color de la cara y del cabello o la constitución del cuello y de la nuca) no son, a mi parecer más que un simple entretenimiento.

IV

Por más difícil que sea en ciertos casos llegar a conocer el temperamento de un hombre, no por eso debiéramos ahorrarnos el trabajo de averiguar nuestro propio temperamento y el de los que nos rodean o el de las personas que tratamos con más frecuencia, pues la utilidad es siempre grande.

Conociendo el temperamento de nuestro prójimo llegaremos a comprenderlo mejor, o tratarlo con más justicia a sobrellevarlo con más paciencia. Estas son ventajas para la vida social, las cuales nunca podemos apreciar debidamente.

Llegaremos a comprender mejor a nuestro prójimo. El Dr. Krieg en su obra: “La ciencia de la dirección espiritual en particular” dice en la página 141: “No podremos entender a nuestro prójimo mientras no lleguemos a conocer su temperamento, sus aspiraciones y tendencias, pues conocer a un hombre significa sobre todo conocer su temperamento.

Trataremos con más justicia a nuestro prójimo. A un colérico se le conquista exponiéndole sosegadamente las razones; las palabras severas e imperiosas le mortifican, lo obstinan y lo irritan hasta lo extremo. El melancólico se vuelve tímido y taciturno con una palabra dura o una mirada recelosa, mas con un tratamiento atento le veremos más dado, confiado y fiel. De la palabra de un colérico bien puede uno fiarse, pero no de las promesas más formales de un sanguíneo. Desconociendo, pues, el temperamento de nuestro prójimo nuestro trato redundará sin justicia en daño propio y ajeno.

Sobrellevaremos con más paciencia a nuestro prójimo. Sabiendo que los defectos y flaquezas del prójimo están fundados en su temperamento, se los disculparemos fácilmente, sin irritarnos. No nos impacientaremos, si un colérico es agrio, duro, impetuoso y obstinado; o si un melancólico se porta tímida e indecisamente, si no habla mucho y si lo que tiene que decir, lo profiere de un modo impropio; o si un sanguíneo se muestra locuaz, ligero y veleidoso; o si un flemático nunca sale de su acostumbrada tranquilidad.

Es de grandísimo provecho el conocer su propio temperamento. Conociéndolo nos comprenderemos también mejor a nosotros mismos, nuestras disposiciones de ánimo, nuestras propiedades y nuestra vida pasada. Una persona muy experimentada y encanecida en la vida espiritual, al leer los siguientes conceptos sobre los temperamentos confesó: “Nunca me llegué a conocer tan bien como cuando me vi pintada de cuerpo entero en estas líneas; pero tampoco nadie me ha dicho tan francamente la verdad como la hace este librito”.

Conociendo nuestro temperamento, trabajaremos con más acierto en nuestra perfección, puesto que todos nuestros esfuerzos en pro de nuestra alma se reducen únicamente a cultivar las buenas cualidades de nuestro temperamento ya combatir sus deficiencias. De manera que el colérico siempre tendrá que luchar ante todo contra su terquedad, ira y orgullo; el melancólico contra su desaliento y miedo a la cruz; el sanguíneo contra su

locuacidad e inconstancia, y el flemático contra su pachorra y pereza.

Conociendo nuestro temperamento, seremos más humildes, ya que nos iremos con-venciendo, de que lo bueno en nosotros no es tanto virtud sino consecuencia de nuestro natural y de nuestro temperamento. Entonces el colérico hablará con más modestia de la fuerza de su voluntad, de su energía e intrepidez; el sanguíneo de la serena concepción de la vida, de la facilidad de tratar caracteres difíciles; el melancólico de la profundidad de su alma, de su amor a la soledad y a la oración; el flemático de su suavidad y sosiego de espíritu.

El temperamento, por ser innato en el hombre, no puede por lo tanto trocarse con otro. Pero sí podemos y debemos cultivar y desarrollar la parte buena del mismo y combatir y neutralizar sus influjos nocivos.

Cada temperamento es bueno en sí mismo y con cualquiera de los cuatro se puede obrar el bien y llegar al cielo. Es, por ende insensatez e ingratitud desear otro temperamento. "Todos los espíritus alaben al Señor" (S. CL, 6).

Todos los movimientos y propiedades de nuestra alma han de servir a Dios contribuyendo así a la gloria de Dios y salvación de las almas. Hombres que tienen diversos temperamentos y viven juntos no debieran rechazarse mutuamente sino completarse y ayudarse (unos a los otros).

Cuando más adelante se diga: el colérico, el sanguíneo, etc., hace así o de otro modo, no quiere eso decir:

"tiene que hacerlo así", o

"lo hace siempre así", sino: "lo hace ordinariamente así" o "se inclina a hacerlo así",

El Temperamento Colérico

I.Esencia del temperamento colérico

El alma del colérico por las influencias que recibe, se excita de inmediato y con vehemencia. La reacción sigue al instante. La imprecisión queda en el alma por mucho tiempo.

II. Distintivo del colérico, así del bueno como del malo.

El colérico siente y se entusiasma por lo grande, no busca lo ordinario, sino aspira a lo grandioso y sobresaliente. Tiende a lo alto, sea en las cosas temporales ambicionando una fortuna grande, un comercio muy extenso, una casa magnífica, un nombre prestigioso, un puesto destacado, o sea en las cosas de su alma sintiendo en sí un vehemente deseo de santificarse, de hacer grandes sacrificios por Dios y por el prójimo y de salvar muchas almas para la eternidad. La virtud innata del colérico es la generosidad, que desprecia lo bajo y vil y suspira por lo noble, grande y heroico.

En estas sus aspiraciones a lo grande le apoyan:

Un entendimiento agudo. Las más de las veces, si bien no siempre, el colérico es un buen talento; es un hombre intelectual, al paso que su fantasía y especialmente su vida interior no se hallan desarrolladas, sino han quedado un tanto raquíticas.

Una voluntad fuerte, que no se amilana ante las dificultades, sino, por el contrario, emplea toda su vitalidad, y persevera a costa de grandes sacrificios hasta llegar a su meta. No conoce lo que, es pusilanimidad y desaliento.

Un gran apasionamiento. El colérico es el hombre de las grandes pasiones; rebosa de violento apasionamiento máxime cuando encuentra

resistencia o persigue sus altos proyectos.

Un instinto a menudo inconsciente de dominar y sujetar a los demás. El colérico ha nacido para mandar; está en su elemento, cuando puede ordenar y organizar las grandes masas del pueblo.

La imprudencia es para el colérico un obstáculo sumamente peligroso en su aspiración hacia lo grande. Él es al punto absorbido por lo que una vez ha deseado y se lanza apasionada y ciegamente hacia la meta concebida sin reflexionar siquiera, si el camino adoptado realmente conduce al fin. Ve este único camino elegido en un momento de pasión y de poca reflexión, sin darse cuenta de que por, otro camino pudiera llegar a su fin con mucha más facilidad y seguridad. Encontrándose ante grandes obstáculos en un camino errado puede, cegado por la soberbia, resolverse con dificultad a desandar lo andado, y prueba aún lo imposible por conseguir su fin.

Llega, por decirlo así, a perforar la pared con la cabeza, teniendo al lado una puerta que le franquea la entrada. De este modo, malgasta sus energías, se ve alejado poco a poco de sus mejores amigos y acaba por estar aislado y mal visto en todas partes. Después de echarse a perder sus más bellos éxitos, todavía niega que él mismo es la causa principal de sus fracasos. Esta imprudencia en la elección de medios la pone de manifiesto también en sus aspiraciones a la perfección, de modo que a pesar de todos sus grandes esfuerzos no llegará a la perfección. El colérico puede prevenir este peligro sometiéndose dócil y humildemente a las normas del director espiritual.

III. Cualidades malas del colérico

A. Orgullo: que se manifiesta sobre todo en los siguientes puntos:

a) El colérico es muy pagado de sí mismo.

b) Tiene en alta estima sus cualidades personales y sus éxitos y se tiene por algo excepcional y llamado a altos destinos. Hasta sus mismas faltas, por ejemplo, su orgullo testarudez y cólera, las considera como justificables y aun dignas de toda aprobación.

c) El colérico es muy caprichoso ergotista. Cree tener siempre razón, quiere tener la última palabra, no sufre contradicción y no quiere ceder en nada.

d) El colérico se fía mucho de sí mismo. Es decir, de su ciencia y facultades. Rechaza la ayuda ajena, gusta hacer solo los trabajos, ya por creerse más apto que los demás en la plena seguridad de su propia suficiencia para llevar a feliz término la obra emprendida. Difícilmente se convence de que aun en cosas de pequeña monta requiere el auxilio divino; por la cual, no es de su agrado impetrar la gracia de Dios y quisiera con sus propias fuerzas resistir victoriosamente a grandes tentaciones. Por esta presunción, en la vida espiritual cae el colérico en muchos y graves pecados y es ésta también la causa por qué tantos coléricos, a pesar de sus grandes sacrificios, no llegan nunca a hacerse santos. En él radica una buena parte del orgullo de Lucifer. Se conduce, como si la perfección y el cielo no debieran atribuirse en primer lugar a la gracia divina sino a sus personales esfuerzos.

e) El colérico desprecia a su prójimo. A los demás los tiene por tontos débiles, torpes y lerdos, por lo menos en comparación suya. Este menosprecio por el prójimo lo pone de manifiesto en sus palabras despreciativas, burlonas e inconsideradas y en su proceder altanero con los que le rodean, sobre todo con sus súbditos.

f) El colérico es ambicioso y mandón. Siempre quiere figurar en primer término ser aplaudido y suplantar a los demás. Su ambición le hace empequeñecer, combatir, y perseguir a aquellos que se le cruzan en el camino, y esto no raras veces con medios poco nobles.

g) El colérico se siente hondamente herido cuando es avergonzado y humillado. No sin mal humor recuerda sus pecados, pues le obligan a tenerse en menos y no pocas veces llega hasta desafiar a Dios.

B. El colérico se excita profundamente por la contradicción, resistencia u ofensas persona-les. Este estado de ánimo se exterioriza por palabras duras, que si bien pronunciadas en forma cortés y correcta hieren, no obstante hondamente, por el tono en que las profiere.

No hay nadie que pueda herir tan dolorosamente con menos palabras que un colérico. Pero lo más agravante es que el colérico, en la vehemencia de su ira, hace recriminaciones falsas y exageradas, y en su apasionamiento llega ,a interpretar mal y tergiversar las mejores intenciones del que se cree ofendido, y estas falsamente supuestas ofensas, las reprocha con las expresiones más amargas. La injusticia con que trata a sus semejantes hace que se enfríen sus mejores amistades.

Su ira culmina no pocas veces en el paroxismo de la rabia y del furor; de aquí hay un solo paso al odio reconcentrado. Los grandes insultos jamás los olvida. El colérico en su ira y orgullo se deja llevar de acciones que él sabe muy bien que le serán perjudiciales, por ejemplo, a su salud, trabajo, fortuna; acciones por las cuales se verá obligado no sólo a abandonar su empleo, sino también a romper con viejas amistades. El colérico es capaz de abandonar proyectos acariciados durante largos años, solamente por no ceder a un capricho. Dice el P. Schram en su “Teol. mist.”, II. 66: “El colérico prefiere la muerte a la humillación”.

C. Hipocresía y disimulo.

La soberbia y terquedad conducen al colérico no pocas veces a medios tan ruines como el disimulo e hipocresía, pudiendo ser, por otra parte, muy noble y sincero por naturaleza. No queriendo confesar una debilidad o derrota, disimula. Al ver que sus proyectos no salen a pedir de boca, a pesar

de su empeño, no le resta más que fingir y valerse de fraudes y mentiras. El P. Schram ‘dice en otro lugar: “Si es castigado, no corrige sus vicios, antes bien, los oculta “.

D. Insensibilidad y dureza

El colérico es, ante todo, un hombre intelectual; tiene, por decirlo así, dos inteligencias, pero un solo corazón. Esta deficiencia en la vida sentimental le trae no pocas ventajas. No se apesadumbra al verse privado de consolaciones sensibles en medio de la oración y puede soportar por largo tiempo el estado de aridez espiritual. Es ajeno asentimientos tiernos y afectuosos y aborrece las manifestaciones delicadas de amor y cariño que suelen nacer de las amistades particulares. Tampoco una mal entendida compasión es capaz de hacerle abandonar el camino del deber y de obligarle a renunciar a sus principios. Mas esta frialdad de sentimientos tiene también sus grandes desventajas. El colérico puede permanecer indiferente e insensible frente al dolor ajeno y si su propio encumbramiento lo reclama, no vacila en pisotear despiadadamente la felicidad que otros disfrutan. Sería de desear que los superiores de índole colérica se examinaran diariamente, si no han sido tal vez duros y exigentes con sus súbditos, particularmente con los enfermizos, débiles de talento y remisos.

E. Cualidades buenas del colérico

Cuando el colérico pone su vitalidad característica al servicio del bien, llega a ser un instrumento sumamente apto para la gloria de Dios y la salvación de las almas, redundando todo ello en su propio aprovechamiento espiritual y temporal. A todo ello ¿contribuye sobremanera la agudeza de su entendimiento, su aspiración a lo noble y grande? el vigor y decisión de su varonil voluntad y esa maravillosa amplitud y claridad de miras con que concibe sus pensamientos y proyectos.

Con relativa facilidad puede llegar el colérico a la santidad. Los santos

canonizados por la iglesia, son, en su gran mayoría, coléricos o melancólicos. Un colérico sólidamente formado no siente mayores dificultades para mantenerse recogido en la oración; pues con la energía de su voluntad desecha fácilmente las distracciones; y ello se explica ante todo tomando en cuenta que por naturaleza sabe reconcentrar con gran prontitud e intensidad toda su atención en un determinado asunto y ésta es probablemente también la razón por que los coléricos llegan tan fácilmente a la contemplación, o, como la llama Santa Teresa, a la oración de la quietud. En ningún otro temperamento podrá hallarse la contemplación propiamente dicha con tanta frecuencia como en el colérico. El colérico bien desarrollado, es muy paciente y fuerte en sobrellevar dolores corporales, sacrificado en los sufrimientos, constante en penitencias y mortificaciones interiores, magnánimo y noble para con los menesterosos y débiles, lleno de repugnancia contra todo lo vil y bajo. Y aunque la soberbia penetre el alma del colérico o por decirlo así, en todas sus fibras hasta las últimas ramificaciones, de modo que parezca no tener otra pasión más que la soberbia, sabe no obstante sobrellevar y aun buscar voluntariamente las más vergonzosas humillaciones, si seriamente aspira a la perfección. Por su naturaleza insensible y dura tiene pocas tentaciones de concupiscencia y con gran facilidad puede llevar una vida casta. Sin embargo, entregándose el colérico voluntariamente al vicio de la impureza y buscando en él su satisfacción, resultan atroces y horrendas en él las erupciones de esta pasión.

El colérico logra hacer grandes cosas también en su labor profesional. Por ser su temperamento activo, se siente incitado continuamente a la actividad y al trabajo. No Puede estar desocupado y sus trabajos los hace con rapidez y aplicación; todo le va muy bien. En sus empresas es persistente y no se amedrenta ante dificultades. Puede colocárselo sin cuidado en puestos difíciles y confiársele grandes cosas. En el hablar el colérico es breve y conciso; ni es amigo de inútiles repeticiones. Esa forma breve, concisa y firme en su hablar y presentarse da a los coléricos, que trabajan en la educación, mucha autoridad. Las educadoras coléricas tienen algo de varonil y no dan a sus alumnos el brazo a torcer como les pasa muchas veces a las

melancólicas indecisas. Los coléricos además saben callarse como un sepulcro.

F. De lo que el colérico tiene que observar particularmente en su propia educación

1. El colérico debe sacar grandes pensamientos de la palabra de Dios (meditación, lectura, sermón), o de la experiencia de su propia vida. Ellos han de arraigarse bien en su alma y entusiasmarle siempre de nuevo hacia el bien y las cosas de Dios. No hace falta que sean muchos esos pensamientos. Al colérico San Ignacio de Loyola, le bastaba el de: "Todo para la mayor gloria de Dios"; al colérico San Francisco Javier: "¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si con ello daña a su alma?" Un buen pensamiento, que cautiva al colérico le servirá de norte y guía para conducirlo, a pesar de todas las dificultades a los pies de Jesucristo.

2. Un colérico debe aprender a pedir diariamente a Dios con constancia y humildad su ayuda divina. Mientras no haya aprendido esto, no adelantará mucho en el camino a la perfección. Pues también para el colérico vale la palabra de Cristo: "pedid y recibiréis" y si además se venciera para pedir un consejo y apoyo a su prójimo, aunque no fuera sino a su superior o confesor, adelantaría aún más.

3. Un colérico debe dejarse llevar en todo por este buen propósito: No quiero buscar nunca mi propia persona, sino he de considerarme siempre:

a) como instrumento de Dios que él puede usar a discreción, y

b) como siervo de mi prójimo, que diariamente se sacrifica por los demás. Debe obrar según la palabra de Cristo: "Quien entre vosotros quiera ser el primero, sea el siervo de todos".

4. Un colérico tiene que luchar continuamente contra el orgullo y la ira. El orgullo es su desgracia, la humildad su salvación. Por lo tanto:

a) ¡haz sobre este punto tu examen particular por muchos años!;

b) ¡humíllate por propia iniciativa ante los superiores, el prójimo y en la confesión!; ¡Pide por una parte a Dios ya los que más de cerca te rodean, humillaciones, y por otra, acepta con generosidad las que te sobrevengan!

Vale más para un colérico ser humillado por otros que humillarse a sí mismo.

G. De lo que hay que observar en la educación de un colérico.

El colérico puede con sus facultades ser de grande utilidad a la familia, a los que le rodean, a la comunidad y al estado. Pues ha nacido para ser jefe e incansable organizador.

El colérico bien educado va en pos de las almas extraviadas sin descanso ni respeto humano. Propaga con constancia la buena prensa y trabaja de buena gana a pesar de malos éxitos en el florecimiento de las asociaciones católicas, siendo así una bendición para la iglesia. Mas, por otra parte, si el colérico no combate las malas cualidades de su temperamento, la ambición y la obstinación le podrán llevar al extremo de causar como la pólvora, grandes estragos y confusión en las asociaciones públicas y privadas. Por lo cual, el colérico merece una esmerada educación, sin escatimar trabajos y sacrificios, ya que son grandes los bienes que ella aporta.

1. Al colérico hay que perfeccionarlo bien en cuanto sea posible, a fin de que aprenda realmente algo, siendo sus aptitudes excelentes. De lo contrario, querrá él mismo perfeccionarse más tarde, descuidando su labor

profesional o, la que es mucho peor, envaneciéndose sobremanera de sus habilidades aunque en realidad no haya cultivado sus aptitudes, en rigor haya aprendido algo.

Los coléricos menos aprovechados de talento o con sus facultades poco desarrolladas (en las fuerzas de sus facultades), pueden llegar, una vez independientes o con el cargo del superior en las manos, a grandes desaciertos y amargar la vida, de los que les rodean, obstinándose en sus órdenes, aunque no entiendan mucho ni tengan claros conceptos de la que se trata. Tales coléricos obran a menudo según aquel famoso axioma: "Sic volo, sic iubeo; stat pro ratione voluntas". Así la quiero, así la ordeno; baste mi voluntad por razón.

2. Hay que inducir al colérico a que se deje educar voluntariamente, es decir, a que acepte voluntaria y alegremente todo lo que se le ordena para humillar su orgullo y refrenar su cólera. No se corregirá el colérico con un tratamiento duro y orgulloso, antes bien, se agriará y endurecerá más; en cambio, proponiéndole razones y motivos sobrenaturales se le podrá llevar fácilmente a lo bueno. En la educación del colérico no hay que dejarse llevar por la ira diciendo: "A ver si llego a romper la terquedad de este hombre". Al contrario, hay que quedarse tranquilo y esperar a que también se tranquilice el educando; luego, se le podrá hablar en estos términos: "Sea sensato y déjese conducir de manera que puedan subsanarse sus faltas y ennoblecerse la bueno en usted".

También en la educación del niño colérico la principal será el sugerirle buenos pensamientos, ponerle ante los ojos su buena voluntad, su pundonor, su repugnancia a la bajo, insinuarle su felicidad temporal y eterna e inducirle a corregir bajo dirección del educador sus faltas y perfeccionar sus buenas cualidades, por iniciativa propia. No conviene agriar al niño colérico con castigos vergonzosos, sino más bien hay que persuadirlo de la necesidad y justos motivos del castigo impuesto.

El Temperamento Sanguíneo

I.Esencia del Temperamento sanguíneo.

El alma del sanguíneo se excita rápida y vehementemente por cualquier impresión; la reacción sigue al instante; pero la impresión queda muy poco tiempo en el alma. El re-cuerdo de cosas pasadas no provoca, tan fácilmente nuevas emociones.

II. Disposiciones fundamentales del ánimo sanguíneo, (así del bueno como del malo).

1. Superficialidad:

El sanguíneo no penetra hasta lo profundo, ni va al todo, sino se contenta con la superficie y una parte del todo. Antes de concentrarse en un objeto, el interés del sanguíneo ya se paraliza y desvanece por las nuevas impresiones que le ocupan. Es amigo de trabajos fáciles, vistosos, que no exigen demasiada labor intelectual. Y es difícil convencerle de este defecto suyo: la superficialidad; pues siempre cree haber entendido todas las cosas; así por ejemplo, haber comprendido bien un sermón, aunque la mitad del mismo haya estado muy lejos de sus alcances intelectuales.

2. Inconstancia. Por no quedarse mucho tiempo las impresiones en el alma sanguínea, de inmediato se siguen otras. Consecuencia de ello es una gran inconstancia, que todos los que tratan con sanguíneos han de tener en cuenta, si no quieren desengañarse bien pronto. El sanguíneo es inconstante en su disposición de ánimo; rápidamente pasa de la risa al lloriqueo y viceversa; es inconstante en sus opiniones: hoy defiende con tesón lo que impugnó hace una semana; es inconstante en sus resoluciones: al proponérsele un nuevo punto de vista abandona sin remordimientos todos sus planes y proyectos anteriores; esta inconstancia hace, a veces sospechar que el sanguíneo no tiene carácter ni principios.

El sanguíneo niega esta inconstancia, puesto que aduce nuevas razones para cada uno de estos cambios. No se fija lo bastante en que es necesario deliberar de antemano todas sus acciones para no entregarse sin más ni más a cualquier impresión u opinión. También en sus trabajos y diversiones es inconstante, queriendo sobre todo la variedad; se asemeja a la abeja, que volando de flor en flor liba de todas ellas tan sólo la mejor; o un niño; que bien pronto se cansa del nuevo juguete recibido en regalo de sus padres.

3. Interés por las cosas exteriores. El sanguíneo no se concentra de buena gana en su interior, sino que le gusta más fijar su atención en cosas exteriores, siendo en esto justamente lo contrario del melancólico, quien, con predilección penetra en su vida interior y en el mundo de sus pensamientos, sin advertir la que pasa en su exterior.

Dicho gusto por las cosas exteriores se muestra en el interés que toma el sanguíneo por la hermosura de la ropa de la casa, por las formas elegantes del trato con los demás. En él sobre todo son activos los cinco sentidos, al paso que el colérico trabaja más con el entendimiento, y el melancólico con los sentimientos.

El sanguíneo todo la tiene que ver y oír y de todo tiene que hablar. En él llaman mucho la atención la facilidad, vivacidad e infinidad de palabras, la cual muchas veces es para los demás una gravosa locuacidad. Por su viva acción sensitiva tiene mucho interés para las cosas pequeñas, cualidad favorable que más o menos falta al colérico y al melancólico.

4. Serena concepción de la vida. El sanguíneo lo considera todo bajo su aspecto más sereno. Como es optimista no conoce dificultades, sino que siempre confía en el buen éxito. y si realmente le ha salido mal alguna cosa se consuela fácilmente y no se aflige por mucho tiempo, teniendo en cuenta este su gozo por la vida, se explica su peculiar inclinación de burlarse de los demás, tomarles el pelo y hacerles víctima de sus bromas y malas jugadas; para la cual supone el sanguíneo como cosa natural, que los demás

aguanten sus chascos extravagantes y no puede menos que admirarse al ver que, por el contrario, se le enfadan por sus bromas y burlas poco agradables.

5. Carencia de pasiones arraigadas. Como se excitan tan fácilmente las pasiones del sanguíneo, no penetran en la profundo de su alma; y se parecen a un fuego de paja que por un momento produce fuerte chisporroteo, y muy luego se hunde en sí mismo; mientras que las del colérico son semejantes a un incendio devorador. Esta carencia de afectos profundos le es de tanta mayor utilidad cuanto que casi siempre le priva de grandes tempestades internas, y le ayuda a servir a Dios con cierta hilaridad y sosiego, libre del apasionamiento del colérico y de la timidez y ansiedad del melancólico.

III. Cualidades malas del sanguíneo

1. Vanidad y satisfacción de sí mismo. La soberbia del sanguíneo no se manifiesta en un afán inmoderado de mandar o ergotista, como en el colérico, ni en el miedo a las humillaciones, como en el melancólico, sino en cierta vanidad y complacencia de sí mismo. Experimenta una alegría casi pueril de sí mismo, de su exterior, de su vestido y sus trabajos; se mira de buena gana en el espejo o en el vidrio de puertas y ventanas. Al ser alabado se siente feliz, y es, por consiguiente, muy adicto a la adulación. Por medio de elogios y lisonjas fácilmente se deja inducir a las mayores necedades y aun a los más vergonzosos pecados.

2. Inclinación a los galanteos, la envidia y los celos. Como el sanguíneo se muestra tan susceptible a palabras halagadoras y tan poco concentrado en sí mismo, dando por otra parte demasiada importancia a las cosas exteriores, se inclina fácilmente a las amistades particulares y a los amoríos. Pero su amor inconstante no le penetra hasta el fondo del alma.

El sanguíneo bien educado quisiera contentarse en sus galanteos con sólo las ternuras y exteriores muestras de afecto; sin embargo, su ligereza y

culpable transigencia le arrastran a graves extravíos, frutos, las más de las veces de su optimismo o sea de la opinión que tiene, de que el pecado no le podría acarrear funestas consecuencias. Una mujer sanguínea de mala vida, se entrega sin temor ni vergüenza al pecado; ni después de ello se inquieta mayormente por los remordimientos.

La vanidad y la inclinación a los amoríos llevan al sanguíneo a la envidia, a los celos y a todas aquellas descabelladas concepciones, miras estrechas y violaciones de la caridad, que la envidia y los celos traen consigo.

Por dejarse absorber fácilmente de las exterioridades y por su propensión a las amistades particulares, al sanguíneo le cuesta mucho ser imparcial y justo. Los superiores y educadores sanguíneos tienen a menudo un favorito a quien anteponen a los demás. El sanguíneo se siente impulsado a lisonjear a los que le agradan.

3. Goce por la vida, afán de placeres. El sanguíneo no ama la soledad sino que busca la compañía y conversaciones de los hombres; quiere disfrutar de la vida y en sus diversiones puede ser muy retozón, licencioso y frívolo.

4. Miedo a las virtudes que exigen esfuerzos. Todo lo que significa sacrificio para el cuerpo y los sentidos le parece difícil. Cosas penosas son para él el refrenar la vista y los oídos, el dominar la lengua y observar el silencio. Tampoco son de su agrado la abnegación del paladar y la abstención de manjares agradables; teme todo ejercicio de penitencia corporal. Sólo un perfecto sanguíneo logra hacer penitencia de muchos años por sus pecados anteriores. El sanguíneo ordinario vive según el principio de que la absolución sacramental de la penitencia borra los pecados, y tiene, por tanto, como inútil y aún perjudicial el apesadumbrarse por las faltas pasadas.

5. Otras desventajas del temperamento sanguíneo.

a) Los juicios del temperamento sanguíneo son con frecuencia falsos, ya porque no averigua más que la superficie de las cosas, ni ve las dificultades de las mismas, ya porque se muestra parcial en sus afectos de simpatía.

b) Las empresas del sanguíneo fracasan fácilmente, pues, confiando siempre en el buen éxito, no para mientes en las eventuales dificultades e impedimentos; otro motivo de sus fracasos lo hallamos en su inconstancia que bien pronto y por cualquiera cosa le quita el interés. Prueba de ello es el hecho muy significativo de que muchos de los que quiebran en sus negocios o sufren grandes pérdidas de fortuna, son de índole sanguínea.

c) El sanguíneo es inconstante en lo bueno. Como se entrega de buen grado a la dirección de otros, se deja seducir con gran facilidad, cayendo en manos de hombres perversos y livianos. El sanguíneo se entusiasma rápidamente por lo bueno, pero bien pronto languidece su entusiasmo. Como San Pedro salta con valor de la navecilla queriendo caminar sobre las olas del lago, mas luego le sobreviene el temor de poderse sumergir; como San Pedro saca impetuosamente la espada en favor de su Maestro para huir poco después; como San Pedro se junta con la mejor intención a los enemigos de Cristo y entre ellos muy luego le niega por tres veces.

d) Por disipar siempre su corazón y, ser enemigo de todo recogimiento y de cualquier reflexión profunda sobre sí propio y sobre su modo de obrar no alcanza un suficiente conocimiento de sí mismo.

e) La vida de oración del sanguíneo padece detrimento con estas tres dificultades: La primera, surge en las así llamadas oraciones interiores, en las cuales se requieren reflexiones más largas y tranquilas: es decir, en la meditación, la lectura espiritual y el examen particular. Luego la distracción, fácilmente provocada por la viveza de sus sentidos y la intranquilidad de su fantasía, le impide llegar a una concentración más profunda y duradera en

Dios. Finalmente, da en sus oraciones excesiva importancia a los sentimientos y al consuelo sensible, la cual, en tiempo de aridez le quita el gusto por la piedad.

IV. Cualidades buenas del sanguíneo

1. El sanguíneo tiene muchas cualidades por las cuales puede llevarse bien con sus semejantes y hacérseles simpático.

a) Bien pronto conocido en todas partes es confiado y locuaz con todas las gentes y se comunica fácilmente con personas desconocidas.

b) Es afable y alegre en sus palabras y conducta y sabe entretener divertidamente a los que le rodean refiriendo interesantes narraciones, bromas y agudezas.

c) Es muy atento y obsequioso. No presta un beneficio con la frialdad del colérico, ni con corazón tan afectuoso, Como el melancólico, sino que lo hace de una manera tan alegre y serena que con gusto se le acepta el favor.

d) Se muestra sensible y compasivo en las desgracias de su prójimo siempre dispuesto a ayudarle en su congoja Con palabras serenas y alentadoras.

e) Posee el don especial de hacer notar los defectos del prójimo, sin que éste se sienta herido, ni le cuesta mucho el dirigirle una reprensión. Si a alguno se le han de comunicar cosas desagradables conviene preparar el terreno por intermedio de un sanguíneo.

f) Es verdad que, al ser ofendido, se enciende rápidamente y su ira prorrumpe a veces en expresiones ruidosas y casi indeliberadas; pero después de haberse desahogado, lo olvida todo, sin guardar rencor a nadie.

2. El sanguíneo tiene muchas cualidades que le hacen simpático a sus superiores.

a) El sanguíneo es dócil y sumiso; por lo cual, la virtud de la obediencia, que generalmente se tiene por difícil de guardar no le acarrea mayores dificultades.

b) Es sincero y sin mayor sacrificio sabe desahogarse ante los superiores respecto a sus dificultades, estado de ánimo y aun sus pecados vergonzosos.

c) Si es castigado no guarda rencores; pues la obstinación le es desconocida. Los súbditos sanguíneos no causan mayores dificultades al superior. No obstante tenga éste cuidado con ellos; puesto que los tales pueden corresponderle con la adulación; lo cual pone en peligro la paz de la vida común. Ni tampoco muestre el superior mayor preferencia por un sanguíneo que por los coléricos y melancólicos, ni reprenda a estos últimos, por ser ellos tan reservados y por no poder expresarse ni desahogarse tan fácilmente.

V. De lo que tiene que observar el sanguíneo en su auto educación

1. El sanguíneo ha de aprender a reflexionar mucho, así en los asuntos espirituales como en los materiales. Con especial esmero cultivará los ejercicios de piedad que requieren reflexión, como son la meditación matutina, la lectura espiritual, el examen particular, la meditación en el rezo del rosario y frecuentes actos de la presencia de Dios. La disposición significa la ruina para el sanguíneo, al paso que el recogimiento y el cultivo de la de la interior son su salvación. Al ocuparse en negocios deberá decirse siempre: No creas haber deliberado la bastante el asunto; considera todos sus puntos y detalles; toma en cuenta las dificultades, que casualmente te previnieren; no seas demasiado confiado, ni optimista.

2. El sanguíneo ha de ejercitarse diariamente, en la mortificación de los sentidos, dominar la vista, los oídos y la lengua, endurecer el tacto, preservar su paladar de las golosinas etc.

3. El sanguíneo deberá seguir las instrucciones de los buenos (no de los malos) y aceptar por la tanto su ayuda y sus consejos en la lección espiritual. Dice Schram (op. cit. p.68): "Bien protegidos los sanguíneos llegarán la santidad". Una fuerte muralla de amparo se la ofrecerá un horario bien regulado; en la vida común la observancia de la regla de la casa o de la orden a que pertenece.

4. La aridez de larga duración es para el sanguíneo una prueba particularmente saludable porque en ella se purifica su malsana vida sentimental.

5. El sanguíneo debe perfeccionar además sus buenas cualidades, como la caridad al prójimo, la obediencia, la sinceridad, la alegría del alma; y estas buenas cualidades las ha de ennoblecer por medio de las intenciones sobrenaturales. Combatirá sin descanso aquellas, faltas a las cuales se inclina más su naturaleza, es decir: la complacencia de sí mismo, la predilección por las amistades particulares, la sensualidad, los celos, la ligereza, superficialidad e inconstancia.

VI. Observaciones acerca de la educación y del trato con los sanguíneos

La educación y el trato con los sanguíneos es relativamente fácil. Se le tendrá reducido a estrecha vigilancia; se insistirá en que no deje sin acabar los trabajos comenzados. No se deberá dar demasiado crédito a sus palabras, propósitos y promesas; hay que fijarse además en el cuidado que puso en sus trabajos; nunca se le deberá tolerar una lisonja de su parte, ni anteponerle a los demás por su carácter atento. Por fin, téngase presente que el sanguíneo no guarda en sus adentros lo que se le haya dicho o lo que él haya observado

en nosotros, sino que todo lo ha de comunicar a los demás. Por lo tanto, se deliberará bien todo antes de hacerlo confidente.

En la educación de un niño sanguíneo se tendrán en cuenta los puntos siguientes:

1. Conducirlo con severidad a la abnegación de sí mismo, y en particular, al perfecto dominio sobre sus sentidos, a la tenaz perseverancia en sus trabajos ya la observancia del buen orden.

2. Reducirlo a estrecha vigilancia la dirección; preservarlo cuidadosamente de las malas compañías (ya que con tanta facilidad se deja seducir).

3. No contrariarle ni quitarle su jovialidad; manteniéndole no obstante, en sus justos límites.

El Temperamento Melancólico

I.Esencia del temperamento melancólico

El alma del melancólico se excita débilmente por influencias externas; y su reacción, si es que reacciona, es asimismo débil. Pero tal excitación, aunque siempre débil, permanece largo tiempo en el alma,; y favorecida por nuevas impresiones, que se repiten en el mismo sentido, ahonda más y más hasta apoderarse y mover con violencia el alma, y no dejarse arrancar luego sin dificultad. Las impresiones en el alma del melancólico se parecen a un poste, que, a fuerza de martillazos, se va hundiendo en la dura tierra con lenta pero creciente tensión fijándose con tanta firmeza, que no es fácil arrancarlo. Esta nota característica del melancólico merece especial atención, puesto que nos da la clave para llegar al conocimiento de muchas cosas que en la conducta del melancólico nos parecen inexplicables.

II. Principales disposiciones de ánimo en el melancólico

1. Propensión a la reflexión.

En su modo de razonar, el melancólico se detiene demasiado en todos los antecedentes hasta las causas últimas. Como se da de buena gana a la consideración de lo pasado, siempre vuelve a recordar los acontecimientos tiempo ha transcurridos. Su pensamiento tiende hacia lo profundo; no se queda en la superficie, sino que siguiendo las causas y la conexión de las cosas, indaga las leyes activas de la vida humana, los principios según los cuales ha de obrar el hombre; sus pensamientos, por fin, se extienden a un vasto campo, penetran en el porvenir y se elevan hasta lo eterno.

El melancólico posee un corazón lleno de abundantes y tiernos afectos, en el cual siente en cierto modo lo que piensa. Sus reflexiones van acompañadas de un misterioso anhelo. Al meditar sobre sus planes y particularmente sobre asuntos religiosos, se siente conmovido en su interior, y aun profundamente agitado. Pero apenas deja traslucir en su exterior estas oleadas de violenta emoción. El melancólico sin formación incurre fácilmente en un cavilar y soñar despierto, porque no es capaz de resolver las múltiples dificultades que de todas partes le asedian.

2. Amor a la soledad.

A la larga, el melancólico no se siente bien en la compañía de los hombres. Prefiere el silencio y la soledad. Encerrándose en sí mismo, se aísla de lo que le rodea y emplea mal sus sentidos. En presencia de otros se distrae fácilmente y no escucha ni atiende, por ocuparse con sus propias ideas. A causa del mal uso que hace de sus sentidos no se fija en las personas, como si estuviera soñando, ni siquiera saluda a sus amigos en la calle. Semejante desatención y soñar a ojos abiertos le acarrean mil contrariedades en sus tareas y vida cotidiana.

3. Seria concepción de la vida e inclinación a la tristeza.

El melancólico siempre considera las cosas en su aspecto más negro y adverso. En lo íntimo de su corazón se halla de continuo cierta suave melancolía, cierto "llorar interno"; lo cual no proviene, como afirman algunos, de una enfermedad o disposición morbosa, sino de un profundo y vivo impulso que el melancólico siente en sí hacia Dios y lo eterno, y al cual no puede corresponder, atado como está a la tierra por el peso y las cadenas de la materia. Viéndose ausente de su verdadera patria y teniéndose por peregrino en el mundo, siente nostalgia por la eternidad.

4. Propensión a la quietud.

El temperamento melancólico es un temperamento pasivo.

El melancólico no conoce el proceder acelerado, impulsivo y laborioso del colérico, del sanguíneo; es más bien lento, reflexivo cauto; ni es fácil empujarlo a acciones rápidas; en una palabra, en el melancólico se nota una marcada inclinación a la quietud, la pasividad. Desde este punto de vista, podrá explicarse también su miedo a los sufrimientos y su temor a los esfuerzos interiores: la abnegación de sí mismo.

III. Especiales particularidades del melancólico. El melancólico es muy reservado.

a) El melancólico difícilmente se acerca a personas extrañas, ni entra en conversación desconocidos. Revela su interior con suma reserva, y las más de las veces sólo a los que tiene más confianza; y entonces no halla la palabra conveniente para declarar la disposición de su alma. El melancólico siente la necesidad de expresarse de vez en cuando acerca del estado de su alma, porque de hecho experimenta grande alivio pudiendo comunicar a un hombre que le entienda los tristes y sombríos pensamientos que pesan sobre su alma. Pero hasta llegar a tal coloquio ha de superar

numerosas dificultades, y en el mismo discurso será tan torpe que, a pesar de su buena voluntad, no encontrará calma. Tales experiencias le hacen todavía más reservado. Un educador ha de conocer y tener en cuenta esta nota característica del melancólico; de lo contrario, tratará a sus educandos melancólicos con gran injusticia. Por lo general, al melancólico le cuesta mucho el confesarse, no así al sanguíneo. El melancólico quisiera desahogarse por medio de un coloquio espiritual, pero no puede; el colérico pudiera expresarse, pero no quiere.

b) El melancólico es irresoluto. Por sus demasiadas reflexiones, por su temor a las dificultades, por su miedo de que le salga mal el plan o el trabajo a emprender, el melancólico no acaba de resolverse.

Difiere de buena gana la decisión de un asunto, el despacho de un negocio. Lo que pudiera hacer en el instante, lo reserva para mañana o pasado, para la semana siguiente; luego se olvida de ello, y así le sucede dejar pasar meses enteros lo que pudiera hacer en una hora. El melancólico nunca acaba con una cosa. Muchos necesitan largos años hasta poner en claro su vocación religiosa y tomar el hábito. El melancólico es el hombre de las oportunidades perdidas. Mientras los demás están ya al otro lado del foso, él se está pensando y reflexionando, sin atreverse a dar el salto. Descubriendo en sus cavilaciones varios caminos que conducen a la misma meta, y no pudiendo decidirse sin gran dificultad a un determinado camino, fácilmente concede la razón a los demás, y no persiste con terquedad en sus opiniones propias.

c) El melancólico se desanima. Al comenzar un trabajo, al ejecutar un encargo desagradable, al internarse en un terreno desacostumbrado, muestra el melancólico desaliento y timidez. Dispone de una firme voluntad, ni le faltan talento y vigor, pero sí le faltan muy a menudo valor y ánimo suficientes. Por eso dícese con razón: “Al melancólico hay que tirarlo al agua para que aprenda a nadar”. Si en sus empresas se le atravesaran algunas dificultades, aunque de poca monta,

pierde el ánimo, y quisiera dejarlo y abandonarlo todo, en vez de sobreponerse, de compensar y reparar los fracasos padecidos, redoblando sus esfuerzos.

d) El melancólico es lento y pesado.

El melancólico es lento:

a) En su pensar: tiene que considerar todo con atención y examinarlo seriamente, hasta formarse un juicio discreto.

b) En su modo de hablar: cuando se ve obligado a contestar apuradamente, o a hablar en un estado de perplejidad, o cuando teme que de sus palabras pudieran depender grandes consecuencias, se intranquiliza, no encuentra la respuesta adecuada, la cual es a veces aún falsa o insuficiente. Su pesadumbre de espíritu es tal vez la causa por que el melancólico tropieza con frecuencia en sus palabras, deja sin acabar sus frases, emplea una mala sintaxis y anda en busca de la propiedad de expresión.

c) En sus trabajos: trabaja esmerada y sólidamente, pero sólo, sin empujes, y con mucho tiempo. El mismo, sin embargo, no se cree lento en sus trabajos.

e) El orgullo del melancólico.

Tiene su aspecto muy peculiar. El melancólico no aspira a honores; tiene, por el contrario, cierto miedo de mostrarse en público y de aceptar alabanzas. Teme mucho los bochornos y las humillaciones. Se retrae a menudo excitando de este modo las apariencias de modestia y humildad; pero en realidad, no es ella una prudente reserva, sino más bien cierto temor a la humillación. En los trabajos, las colocaciones y oficios cede la presidencia a otras personas menos aprovechadas y aun incapaces; sintiéndose, sin embargo, herido en su corazón por no habérsele respetado y

apreciado lo bastante sus talentos. El melancólico, si quiere realmente llegar a la perfección, ha de dirigir especialísima atención hacia este despecho, arraigado en lo más profundo de su corazón y fruto de la soberbia, como también hacia su sensibilidad y susceptibilidad a las más pequeñas humillaciones. De lo hasta aquí dicho síguese que es muy difícil tratar con melancólicos; pues por sus particularidades no los apreciamos en su justo punto, ni los sabemos tratar con acierto. Al sentir esto el melancólico se vuelve aún más serio y solitario. El melancólico tiene pocos amigos, porque no son muchos los que le comprenden y los que gozan de su confianza.

IV. Cualidades buenas del melancólico

a) El melancólico practica con facilidad y gusto la oración mental.

La seria concepción de la vida, el amor a la soledad, la inclinación a reflexionar, le son al melancólico de todo punto provechosos para conseguir una gran intimidad en su vida de oración. El melancólico posee, por decirlo así, una natural disposición a la piedad. Contemplando las cosas terrenas, piensa en lo eterno; caminando en la tierra, el cielo le atrae. Muchos santos tuvieron un temperamento melancólico. Con todo, también el melancólico encuentra precisamente en su temperamento una dificultad para la oración. Porque, desanimándose en las adversidades y sufrimientos, le falta la confianza en Dios y así se distrae con sus negros pensamientos de pusilanimidad y tristeza.

b) En el trato con Dios, halla una profunda indecible paz.

Nadie mejor que el melancólico entiende la palabra de San Agustín: “Nos has creado para ti, oh Dios, que inquieto está Nuestro corazón hasta que descansare en ti”. El corazón blando y lleno de afectos del melancólico siente en el trato con Dios una inmensa felicidad, la cual conserva también en sus sufrimientos caso de tener suficiente confianza en Dios y amor al

Crucificado.

c) El melancólico es a menudo un gran bienhechor de la humanidad.

El melancólico es para los "demás un guía en el camino hacia Dios, un buen consejero en las dificultades, un superior prudente, benévolo y digno de confianza. Las necesidades de sus cohermanos le despiertan extremada conmiseración, junto con un gran deseo de ayudarles; y cuando la confianza en Dios le alienta y le apoya, sabe hacer grandes sacrificios en bien de su prójimo, quedándose él mismo firme e imperturbable en la lucha por sus ideales. Schubert en su "Ciencia del alma humana", dice respecto al natural melancólico: Esta ha sido la forma predominante del alma de los poetas y artistas más sublimes, de los pensadores más profundos, de los inventores y legisladores más geniales y sobre todo de aquellos espíritus, que abrieron a su siglo ya su pueblo el acceso a un mundo feliz y superior, al cual levantó él mismo su propia alma atraído por inextinguible nostalgia".

V. Cualidades malas del melancólico

a) Los melancólicos incurren por sus pecados en temibles angustias.

Penetrando más que otros en lo profundo del alma por el anhelo hacia Dios, el melancólico se resiente muy en particular del pecado. Más que nada le abate el pensamiento de estar separado de Dios por el pecado mortal y si alguna vez cae profundamente, no llega a levantarse sino con gran dificultad; ya que le cuesta mucho el confesarse por la humillación, a que se debe someter. El melancólico vive asimismo en constante peligro de recaer en el pecado; pues, de continuo cavilando sobre sus pecados pasados, le causan éstos siempre nuevas y graves tentaciones; en las cuales de buen grado se deja llevar de sensiblerías y tristes sentimientos, que aumentan más la fuerza de la tentación. La obstinación en el pecado o la recaída en él le sumergen

en una profunda y prolongada tristeza que poco a poco le va privando de la confianza en Dios y en sí mismo. Entonces es víctima de semejantes pensamientos: no tengo las fuerzas necesarias para levantarme; ni Dios me envía para ello su auxilio oportuno; Dios ya no me quiere, y, por el contrario, busca de condenarme. Este estado puede llegar a convertirse en cansancio de la vida. El melancólico quisiera morir; pero teme la muerte. Por fin su infeliz corazón se rebela contra Dios, haciéndole amargos reproches y sintiendo en sí la excitación del odio por de la maledicencia contra su creador.

b) Los melancólicos sin confianza en Dios ni amor a la cruz son arrastrados en medio de sus sufrimientos a un excesivo desaliento, y pasividad y aún a la desesperación.

Si los melancólicos tienen confianza en Dios y amor a la cruz se acercarán a Dios y se santificarán precisamente por los padecimientos, como enfermedades, fracasos, calumnias, tratos injustos, etc. Pero si les faltaran estas dos virtudes, su causa andará muy mal.

Les sobrevendrán penas, tal vez muy insignificantes, y entonces se entristecerán deprimidos, enfadados y desazonados. No hablarán nada o muy poco y esto harto de mala gana y con cara hosca; huirán de la compañía de los hombres y llorarán de continuo. Muy pronto se les acabará el ánimo para seguir sus trabajos, perderán el gozo en su vida profesional encontrando su mayor complacencia en verlo todo negro. Su continua disposición de ánimo será: en las 24 horas del largo día no conozco más que dolores y penas. Este estado puede llegar a convertirse en formal melancolía y desesperación.

c) Los melancólicos que se abandonan a sus sentimientos de tristeza, incurren en muchas faltas contra la caridad por llegan a ser gravosos para sus prójimos.

a) El melancólico pierde fácilmente la confianza a sus

semejantes, en particular a sus superiores y al confesor; y esto sólo por algunos defectos insignificantes que en ellos descubre, o porque recibe de parte de los mismos algunas leves reprensiones.

b) Interiormente se subleva e indigna con vehemencia por cualquier desorden e injusticia que nota. El motivo de su indignación puede a menudo justificarse, pero no así el grado de su enojo; en eso va demasiado lejos.

c) Difícilmente podrá olvidar las ofensas; de las primeras hace al principio caso omiso, pero si llegaran a repetirse las desatenciones, penetrarán éstas hasta lo más profundo de su alma, excitándole un dolor difícil de superar, y despertándole hondos sentimientos de desquite. Gota a gota y no de repente va infiltrándose en el melancólico el virus de la antipatía hacia aquellas personas, de las cuales tiene que sufrir mucho o en las cuales encuentre algo que criticar. Semejante aversión llega a ser tan vehemente, que apenas se digna mirar a las tales personas, o dirigirles la palabra, llenándole al fin de disgusto y nerviosidad su solo recuerdo. De ordinario no se desvanece esta antipatía, sino cuando el melancólico está separado y lejos de tal o cual persona, y entonces sólo después de transcurridos meses y aún años enteros.

d) El melancólico es muy desconfiado. Raras veces confía en un hombre, temiendo siempre que no se busque su bien. De este modo tiene a menudo y sin motivo algunas duras e injustas sospechas de su prójimo; se imagina en él malas intenciones y tiene miedo a peligros que no existen.

e) Lo ve todo negro: Al melancólico le gusta lamentarse en sus conversaciones, llamar siempre la atención sobre el lado serio, quejarse luego con regularidad de la malicia de los hombres, de los tiempos aciagos que corren y de la decadencia de las buenas costumbres. Su estribillo es: Vamos de mal en peor. También en las adversidades, los fracasos y ofensas considera y juzga las cosas pero es de lo que son en realidad. Como

consecuencia síguese a veces una exagerada tristeza, un grande e infundado enojo hacia los demás, cavilaciones varias sobre injusticias reales o sospechadas; todo lo cual dura días y semanas.

Los melancólicos que se abandonan a esta inclinación de ver en todo lo oscuro y tétrico llegarán a ser pesimistas, es decir hombres que en todas partes esperan el mal éxito; hipocondríacos, esto es hombres que en pequeños padecimientos corporales se lamentan continuamente temiendo siempre enfermedades peligrosas; misántropos, hombres, que, adoleciendo de esquivez y odio al hombre, manifiestan aversión al trato humano.

Una dificultad particular tiene el melancólico en la corrección y reprensión de los demás. Como ya se ha dicho, el melancólico se indigna sobremanera al notar desórdenes e injusticias y se siente obligado a intervenir contra estos trastornos, aunque muchas veces no tenga ni ánimo ni habilidad para tales reconvenciones. Antes de dirigir la reprensión medita detenidamente el modo del proceso y las palabras que ha de empleado pero en el momento en que tiene que hablar, le quedan las palabras en la garganta o da la reconvención tan cautamente, con tanta ternura y reserva que apenas merece el nombre de reprimenda. En toda su conducta se nota cuán difícil le es castigar a otros y cuando el melancólico quiere dominar ésta su timidez, incurre fácilmente en el extremo contrario de dirigir la reconvención con enojo y nerviosidad o prorrumpir en palabras demasiado severas; no alcanzando de esta suerte ningún fruto verdadero. Esta dificultad es la cruz pesa-da de los superiores melancólicos. No saben encauzar a nadie y acumulan por eso mucho enojo y dejan echar raíces a muchos desórdenes, aunque su conciencia les amoneste a oponerse a estos trastornos. Asimismo tienen con frecuencia los educadores melancólicos la gran debilidad de callar demasiado ante las faltas de sus subalternos y al reprenderlos luego, la hacen grosera y ruidosamente, y, en vez de animar a los educandos, los desaniman y paralizan en su formación.

VI. ¿Cómo debe educarse a sí mismo el melancólico?

1. El melancólico tiene que fomentar en sí grande confianza en Dios y amor a los sufrimientos. De esto dependerá todo. La confianza en el amor a la cruz son los dos pilares, con cuales se mantendrá en pie con tal firmeza que ni en las pruebas más graves ha de subir a los lados flacos de su temperamento. La desgracia del melancólico está en que lleva su cruz; siendo su salvación el acepta con gusto y alegría (no a la fuerza) lo cual, el melancólico debe tener mucho la consideración, la divina providencia, bondad del Padre celestial, que envía las as para nuestro bien, y abrigar asimismo tierna devoción a la Pasión de Cristo y la Madre dolorosa.

2. Si le sobrevienen afectos de antipatía o apatía, de desaliento, desconfianza, abatimiento, ha de resistir desde el principio, a fin de que estas malas impresiones no penetren demasiado en su alma.

3. Al sentirse triste debe decirse siempre melancólico: No está tan mal como te lo imaginas; ves las cosas demasiado negras.

4. El melancólico debe estar siempre bien ocupado; para no dar tiempo a las cavilaciones. El trabajo asiduo lo supera todo.

5. El melancólico cultivará las buenas cualidades de su temperamento, en particular la inclinación a la vida interior y la compasión por las desgracias de los hombres; pero al mismo tiempo combatirá constantemente sus particularidades y lados flacos, indicados más arriba.

6. Santa Teresa, en un capítulo especial sobre el tratamiento de melancólicos mal dispuestos, dice: “Con muy poca atención se podrá ver que se inclinan de un modo particular a imponer su voluntad, a proferir todo lo que les viene a la mente, a detener la consideración en las faltas de otros, para ocultar las propias, ya buscar su satisfacción y su paz en su propio capricho”. Santa Teresa señala aquí dos puntos en los cuales debe fijarse particularmente el melancólico en su auto-educación. Con mucha frecuencia está el melancólico tan excitado, tan lleno de amarguras y congojas, porque

sus pensamientos no se ocupan sino en las faltas de los demás y porque todo lo quisiera según su voluntad y gusto. El melancólico puede caer en el mal humor y desaliento, cuando la cosa no marcha aun en las más mínimas pequeñeces, como él quisiera. Por lo cual pregúntese el melancólico siempre que se vea invadido de la tristeza:

¿No te has detenido nuevamente y en demasía en las faltas de tu prójimo? Deja hacer a los demás lo que quieran.

¿O no resultó tal vez tal o cual cosa según tu deseo y voluntad? Convéncete de una vez por toda de la verdad de las palabras de la Imitación fe Cristo: ¿Por qué te turbas si no te sucede lo que quieres y deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas a medida de su voluntad? Por cierto, ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra. Ningún hombre hay en el mundo sin tribulación o angustia, aunque sea rey o papa. Pues ¿Quién es el que está mejor? Ciertamente, el que puede padecer algo por Dios. (Im. I, 22).

VII. De lo que hay que observar en el tratamiento y educación de un melancólico

a. Hay que tratar de comprender al melancólico. Los melancólicos presentan muchos enigmas en su conducta para aquel que no conoce las propiedades del temperamento melancólico. Por consiguiente hay que estudiarlo y a la vez esforzarse por averiguar en qué forma se caracteriza en la persona interesada. Sin esos conocimientos se cometerán graves faltas en el trato con melancólicos.

b. Trátese de ganar la confianza del melancólico. Lo cual no es fácil, por cierto, y sólo se logra dándole en todo buen ejemplo y buscando sinceramente su bien. Como se abre el brillo del sol un brote cerrado, así se abre el alma melancólica, cuando la alumbran los rayos solares de la bondad y de la caridad.

c. Alentar siempre al melancólico.

d. Reprensiones ásperas, brusquedad de trato y dureza de corazón le abaten y paralizan las fuerzas. Palabras atentas y alentadoras, paciencia sufrida y constante le dan ánimo y fortaleza. El melancólico se muestra muy agradecido por tal amabilidad.

e. Se debe exhortar al melancólico al trabajo; pero sin aplastarlo por eso.

f.Como toman todo demasiado a pecho y trabajan mucho con sus sentimientos y corazón, están los melancólicos muy expuestos al peligro de debilitar sus nervios, por lo cual debe preocuparse que súbditos melancólicos no agoten completamente la fuerza de sus nervios; pues gastados éstos caerán en un estado lamentable de postración, y no se aliviarán sino con grandes dificultades.

g. También en la educación del niño melancólico hay que fijarse de tratarlo con afabilidad, de animarlo e impulsarlo al trabajo. Acostúmbresele además, a expresarse bien en sus conversaciones, a emplear bien sus sentidos y a cultivar la piedad. Es digno de especial atención el castigo del niño melancólico; pues los desaciertos tienen sobre todo en este punto funestas consecuencias, haciéndola sobremanera terco y reservado, Por eso castíguesele con gran prudencia y bondad, evitando lo más posible las apariencias de injusticia.

El Temperamento Flemático

Esencia del temperamento flemático

1. Las varias impresiones provocan tan sólo una excitación débil en el alma del flemático, si es que en algún modo la afectan. La reacción es asimismo débil, si no llega a faltar por completo. Las impresiones

desaparecen pronto.

2. Disposiciones fundamentales de ánimo del flemático.

a) El flemático no se interesa mayormente por lo que pasa fuera de él.

b) Muestra pocas ganas por el trabajo; da, sin embargo, gran preferencia al descanso. Todo anda y se desenvuelve en él muy quedo.

Cualidades buenas

a) El flemático trabaja despacio, pero asiduamente, con tal que no tenga que pensar mucho en su trabajo.

b) No se irrita fácilmente ni por insultos, fracasos o dolencias. Permanece tranquilo, cachazudo, discreto y tiene un juicio práctico y sobrio.

c) No conoce mayores pasiones, ni grandes exigencias por la vida.

Cualidades malas

a) Es muy propenso a descansar, a comer y beber, siendo además, perezoso (lerdo) y negligente en el cumplimiento de sus obligaciones.

b) No tiene energía, ni se propone un elevado ideal, siquiera sea en su devoción.

c) Es sumamente difícil educar a niños flemáticos; pues se dejan conmover poco por sensaciones exteriores y por naturaleza ya se inclinan a la pasividad. Es menester explicarles todo, hasta en sus detalles; repitiéndoselo mil veces, para que al menos comprendan algo; hay que acostumbrarlos además con gran paciencia y cariño, a una vida bien ordenada. La aplicación del castigo corporal, trae consigo menos peligro y aporta mayores frutos en la educación de niños flemáticos, que en la de otros, sobre todo coléricos y melancólicos.

Temperamentos Mixtos

La mayor parte de los hombres tienen un temperamento mixto. Predomina en los tales un temperamento principal (el colérico p. e.), cuyas disposiciones fundamentales, sin embargo, cuyas cualidades buenas y malas se atenúan o acentúan bajo el influjo de otro temperamento. Por lo general vale más tener un temperamento mixto que puro; pues la mezcla suaviza la estrecha y vigorosa índole del predominante. Para facilitar el conocimiento del propio temperamento, bueno será tratar brevemente las mezclas siguientes:

El temperamento colérico-sanguíneo

En él la excitación es instantánea, como asimismo la reacción; la impresión, en cambio, no es tan duradera como en el temperamento netamente colérico. La soberbia de éste se mezcla con vanidad, su ira y terquedad se templan y moderan, su corazón se ablanda.

Resulta, por tanto, una mezcla muy feliz. El temperamento sanguíneo-colérico Se parece al colérico-sanguíneo; con la sola diferencia de que aquí los distintivos del sanguíneo pasan a primer plano y los del colérico al segundo. La excitación y la reacción se siguen inmediatamente y con vehemencia, mientras que la impresión no se pierde tan pronto como en el temperamento puramente sanguíneo, si bien no va tan a fondo como en el

colérico puro. Los defectos del sanguíneo, como su ligereza, superficialidad, distracción y locuacidad, están mejorados por la seriedad y firmeza del temperamento colérico.

El temperamento colérico-melancólico y el melancólico-colérico

Aquí entran en unión dos temperamentos serios y apasionados: el orgullo, la terquedad y la ira del colérico con el carácter gruñón, rudo y taciturno del melancólico. El hombre provisto de semejante mezcla de temperamentos necesita mucho dominio sobre sí mismo, a fin de alcanzar la paz del alma y de no ser cargoso a los que viven o trabajan con él.

El temperamento melancólico-sanguíneo

Se caracteriza por una débil susceptibilidad de impresiones, por una reacción igualmente débil y una impresión no tan duradera como en el temperamento melancólico. El temperamento sanguíneo comunica al melancólico algo de su movilidad, alegría y serenidad. Los melancólicos con un colorido sanguíneo son aquellas buenas gentes y almas de Dios incapaces de ofender a nadie y siempre emocionadas; las cuales, por otra parte, pecan por falta de fuerza y energía. Parecido es el temperamento sanguíneo-melancólico; sólo que en esta mezcla resalta más la superficialidad y la inconstancia del sanguíneo.

El temperamento melancólico-flemático

Hombres de tal índole se prestan mejor para la vida común que los puramente melancólicos. Les falta lo gruñón, hosco y cavilador del melancólico, lo cual se reemplaza por el sosiego y la insensibilidad del flemático. Estas personas no se escandalizan tan fácilmente, saben soportar insultos y en sus trabajos saben mantenerse tranquilas y constantes.